

Los dos cuentos que aquí presentamos fueron escritos hace más de 100 años por Oscar Wilde, uno de los genios de la literatura inglesa, y han sido leídos por los niños que han habitado este planeta desde esa época. Entre los muchos tesoros que la humanidad tiene, estos cuentos ocupan un lugar importante. Ellos conservan intactos la frescura, la maravilla, el candor, la ternura que tuvieron cuando fueron escritos. Este librito es un tesoro para cuidar y compartir en cada hogar.

Leer es mi cuento 45

Leer es mi cuento 45
**El ruiseñor
y la rosa •
El príncipe feliz**

OSCAR WILDE

Ilustrado por
SARA QUIJANO

El ruiseñor y la rosa • El príncipe feliz



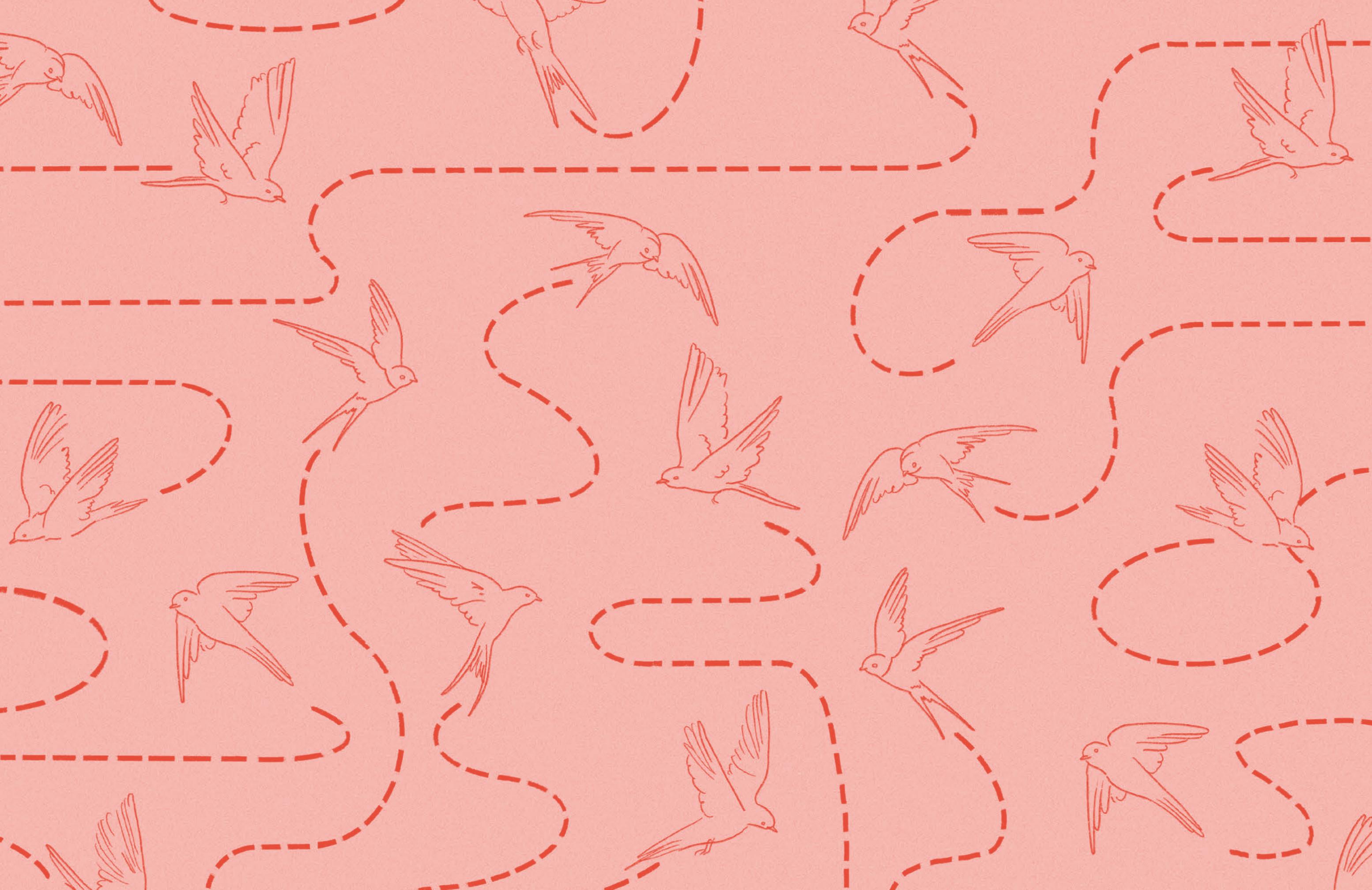
El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Biblioteca
Nacional de
Colombia

Este libro es gratuito,
prohibida su reproducción y venta



Leer es mi cuento 45

El ruiseñor y la rosa • El príncipe feliz

OSCAR WILDE

Ilustrado por
SARA QUIJANO



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Biblioteca
Nacional de
Colombia

**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**

Angélica Mayolo Obregón
Ministra

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**

María Victoria Angulo
Ministra

AUTOR

Oscar Wilde

Traductor

Juan Fernando Merino

Ilustradora

Sara Quijano

Editor

Iván Hernández

**Directora
de arte**

Laura Pérez

COMITÉ EDITORIAL

Ángela Beltrán
*Directora encargada
Ministerio de Cultura
de Colombia*

Diana Patricia Restrepo
*Directora Biblioteca
Nacional de Colombia*

María Orlanda Aristizábal
*Coordinadora de Literatura
Ministerio de Cultura de Colombia*

Iván Hernández
*Editor de la serie
Leer es mi cuento*

Primera edición,

ISBN:

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura de Colombia; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:
literatura@mincultura.gov.co



* 4*

El ruiseñor y la rosa

* 19*

El príncipe feliz



El ruiseñor y la rosa

—Me prometió que bailarían conmigo si le traía rosas rojas —exclamó el joven estudiante—, pero en todo mi jardín no hay una sola rosa roja.

Desde su nido en el encino, el ruiseñor lo escuchó y lo miró por entre las hojas, asombrado.

—¡Ni una sola rosa roja en todo mi jardín! —repitió el joven y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Ah, de qué pequeñas cosas depende la felicidad! He leído todo lo que los sabios han escrito, conozco los secretos de la filosofía, y sin embargo mi vida es desdichada porque no tengo una rosa roja.

—He aquí por fin un verdadero enamorado —dijo el ruiseñor—. Le he cantado noche tras noche, aunque no lo conocía, y noche tras noche le he contado su historia a las estrellas, y ahora por fin lo veo. Su cabello es oscuro como la flor del jacinto y sus labios son rojos como la rosa que él desea, pero la pasión ha tornado su rostro tan pálido como el marfil y la tristeza le ha dejado su sello en la frente.

—El príncipe ofrece un baile mañana por la noche —murmuró el joven estudiante— y mi amada estará presente. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la tendré entre mis brazos, y ella apoyará su cabeza sobre mi hombro, y su mano estará entrelazada con la mía. Pero no hay rosas rojas en mi jardín, así que tendré que sentarme a solas, ella no me prestará la menor atención, y se romperá mi corazón.



—He aquí, sin duda, un auténtico enamorado —dijo el ruiseñor—. Aquello sobre lo que canto, él lo sufre: lo que para mí es alegría, para él es dolor. Sin duda el amor es algo maravilloso. Es máspreciado que las esmeraldas y más valioso que los ópalos finos. Las perlas y las más exquisitas granadas no pueden comprarlo, ni se ofrece en las plazas de mercado. No se puede adquirir de los comerciantes, ni se puede pesar en la balanza del oro.

—Los músicos se sentarán en su estrado —dijo el joven estudiante—, y tocarán sus instrumentos de cuerda, y mi amada danzará al sonido del arpa y el violín. Danzará tan ágilmente que sus pies apenas tocarán el suelo, y los cortesanos en sus vistosos atuendos se agolparán a su alrededor. Pero conmigo no bailará, porque no tengo una rosa roja para darle.

Y diciendo esto se dejó caer sobre el césped, enterró el rostro entre las manos, y se echó a llorar.

—¿Por qué está llorando este joven? —preguntó una pequeña lagartija verde, que en ese momento pasaba corriendo junto a él con la cola levantada.

—Eso mismo pregunto yo, ¿por qué? —dijo una mariposa, que revoloteaba tras un rayo de sol.

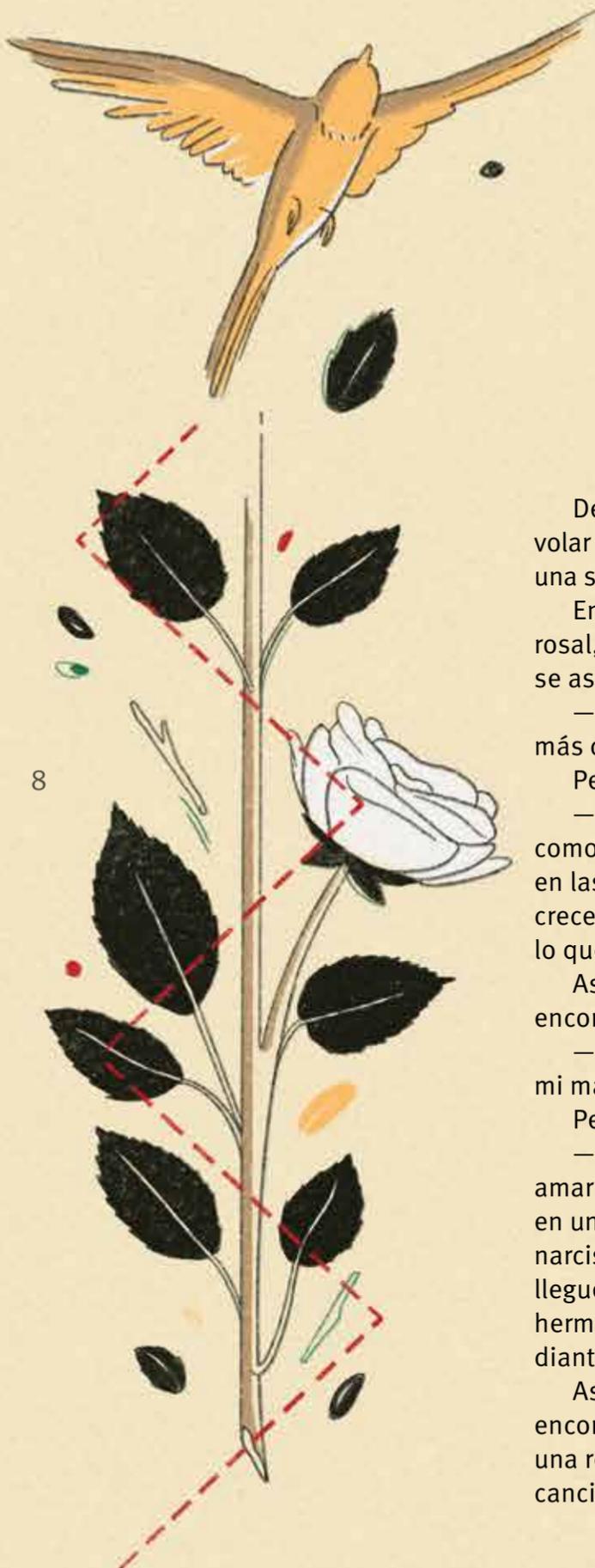
—Sí, ¿por qué? —le susurró una margarita a su vecina, en una voz muy baja y suave.

—Está llorando por una rosa roja —respondió el ruiseñor.

—¡Por una rosa roja! —exclamaron las tres en coro—; ¡qué ridiculez!

Y la pequeña lagartija, que era algo cínica, se echó a reír abiertamente.

Pero el ruiseñor comprendía el secreto de la pena del estudiante y sentado en la encina, silencioso, pensaba en el misterio del amor.



De repente extendió sus alas marrones, se echó a volar y se elevó en el aire. Pasó por la arboleda como una sombra, y como una sombra cruzó veloz el jardín.

En el centro de un arriate se alzaba un hermoso rosal, y en cuanto el avecilla lo vio, voló hacia él y se asentó en una rama.

—Dame una rosa roja —le gritó— y te cantaré mi más dulce canción.

Pero el árbol sacudió su cresta.

—Mis rosas son blancas —respondió—; blancas como la espuma del mar, y más blancas que la nieve en las montañas. Pero ve donde mi hermano, que crece cerca del viejo reloj de sol, y tal vez él te dé lo que buscas.

Así que el ruiseñor voló hasta el rosal que se encontraba cerca del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja—le gritó—, y te cantaré mi más dulce canción.

Pero el árbol sacudió su cresta.

—Mis rosas son amarillas —respondió—; tan amarillas como el cabello de la sirena que se sienta en un trono de ámbar, y más amarillas que los narcisos que florecen en la pradera antes de que llegue el segador con su guadaña. Pero ve donde mi hermano que crece debajo de la ventana del estudiante, y tal vez él te dé lo que buscas.

Así que el ruiseñor voló hacia el rosal que se encontraba bajo la ventana del estudiante. —Dame una rosa roja —le gritó— y te cantaré mi más dulce canción.



Pero el árbol sacudió su cresta.

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de una paloma, y más rojas que los grandes abanicos de coral que ondean en las cavernas del océano. Pero el invierno heló mis venas, la escarcha marchitó mis cogollos, la tormenta partió mis ramas y ya no tendré más rosas en todo este año.

—Una rosa roja es todo lo que necesito—gritó el ruiseñor—. ¡Una sola rosa roja! ¿Hay alguna manera en que pueda obtenerla?

—Hay una manera—respondió el rosal—, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtela.

—Dímela —contestó el ruiseñor—. No tengo temor de nada.

—Si quieres una rosa roja —dijo el árbol—, debes crearla con tu música a la luz de luna y teñirla con la sangre de tu propio corazón. Debes cantarme con el pecho apretado contra una de mis espinas. Tendrás que cantar la noche entera, hasta que la espina te atraviese el corazón: así la sangre de tu vida fluirá hacia mis venas y se hará mía.

—La muerte es un precio muy alto a pagar por una rosa roja —exclamó el ruiseñor—, y la vida es preciosa para todos. Es muy placentero descansar en el verde bosque y mirar al sol en su carroza de oro y a la luna en su carroza de perlas. Dulce es el aroma del espino, y dulces son las campanillas que se ocultan en el valle, y los brezos que flamean en la colina. Sin embargo, el amor es mejor que la vida, ¿y qué es el corazón de un ave comparado con el corazón de un hombre?



Así que extendió sus alas marrones, se echó a volar y se elevó en el aire. Pasó por el jardín como una sombra, y como una sombra cruzó veloz la arboleda.

El joven estudiante seguía tendido sobre el césped, en el mismo sitio en que lo había dejado el ruiseñor y las lágrimas aún no se habían secado en sus hermosos ojos.

—Alégrate —le gritó el ruiseñor—, alégrate porque tendrás tu rosa roja. La crearé con mi música a la luz de luna y la teñiré con sangre de mi propio corazón. Lo único que te pido a cambio es que seas

un verdadero enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque ésta también lo sea, y más férreo que el poder, aunque éste también lo sea. Color de llama son sus alas, y color de fuego es su cuerpo. Sus labios son dulces como la miel, y su aliento es como el incienso.

El estudiante levantó la mirada y prestó atención, pero no entendió lo que le estaba diciendo el ruiseñor, porque él solamente entendía las cosas que están escritas en los libros.

Pero la encina sí entendió y se sintió triste, pues le tenía mucho afecto a aquel

pequeño ruiseñor que había construido el nido entre sus ramas.

—Cántame una última canción —le susurró la encina—. ¡Me voy a sentir muy solitaria cuando ya no estés!

De modo que el ruiseñor cantó para la encina, y su voz era como agua que sale burbujeando de una jarra de plata.

Cuando el ave terminó su canción, el estudiante se levantó y sacó del bolsillo un cuaderno y un lápiz.

—Hay que reconocer que tiene estilo —se dijo mientras se alejaba por la arboleda—; eso no se le puede negar, ¿pero

siente lo que está cantando? Me temo que no. De hecho, es como la mayoría de los artistas, puro estilo pero nada de sinceridad. No se sacrificaría por otros. Piensa meramente en términos de música y todo el mundo sabe que las artes son egoístas. Aun así, debe admitirse que tiene en su voz algunas notas muy bellas. ¡Qué lástima que no signifiquen nada ni tengan ninguna finalidad práctica!

Y regresó a su habitación, donde se acostó en su pequeño camastro y se puso a pensar en su amada. Al cabo de un rato, se quedó dormido.

Y cuando la luna brillaba en los cielos, el ruiseñor voló hasta el rosal y apretó su pecho contra la espina. Toda la noche estuvo cantando con el pecho apretado a la espina, y la luna, fría y cristalina, se inclinó y escuchó. Durante toda la noche cantó el ruiseñor, y la espina se fue hundiendo cada vez más en su pecho, mientras la sangre de su vida lentamente iba fluyendo hacia el rosal.

Cantó primero acerca del nacimiento del amor en el corazón de los adolescentes. Y sobre la rama más alta del rosal floreció una rosa maravillosa, un pétalo detrás de otro, a medida que una canción seguía a otra canción. Al principio la flor era pálida, como la niebla que se cierne sobre el río, pálida como los albores de la mañana y plateada como las alas de la aurora. La rosa que floreció en la rama más alta del árbol era como el reflejo de una rosa en un espejo de plata, como el reflejo de una rosa en un estanque de agua.

Pero el rosal le gritó al ruiseñor que se apretara más contra la espina. —Apriétate más fuerte, pequeño ruiseñor —le gritaba—, o el día llegará antes de que hayas terminado de crear la rosa.

Entonces el ruiseñor se apretó más firmemente contra la espina, y su canto se fue haciendo más y más alto, pues ahora cantaba acerca del nacimiento de la pasión en el alma de un joven y una doncella.

Y un delicado rubor de tono rosa apareció en los pétalos de la rosa, como el rubor en el rostro del novio cuando en un momento de la boda besa los labios de la novia. Pero la espina aún no había llegado al corazón del ruiseñor, de modo que el corazón de la rosa permanecía blanco, porque sólo la sangre del corazón de un ruiseñor puede colorear el corazón de una rosa.

Y el rosal le gritó al ruiseñor que se apretara más contra la espina. —Apriétate más fuerte, pequeño ruiseñor —le gritaba—, o el día llegará antes de que hayas terminada de crear la rosa.



Entonces el ruiseñor se apretó más firmemente contra la espina y la espina tocó su corazón y una feroz punzada de dolor atravesó todo su ser. Amargo, amargo era el dolor y cada vez más fogosa era su canción, porque cantaba del amor que es perfeccionado por la muerte, del amor que no termina con la tumba.

Y la rosa maravillosa se tornó de color carmesí, como la rosa del cielo del Oriente.

Carmesí era el color de los pétalos y purpúreo como un rubí era su corazón.

Pero la voz del ruiseñor se iba haciendo más y más débil, sus pequeñas alas comenzaron a batir y un pálido velo le cubrió los ojos. Más y más débil se hizo su canto y sintió que algo le cerraba la garganta.

Luego emitió un último estallido musical. La luna blanca lo escuchó y olvidándose del amanecer se quedó flotando en el cielo. La rosa roja lo escuchó, y temblando de éxtasis abrió sus pétalos al aire gélido de la mañana. El eco se llevó aquel canto hacia su caverna purpúrea en las colinas y despertó de su sueño a los pastores dormidos. Luego el canto flotó entre los juncos del río, que portaron el mensaje hasta el mar.

—Mira, mira —gritó el rosal—, la rosa ya está terminada.

Pero el ruiseñor no respondió, pues yacía muerto sobre las altas hierbas, con una espina clavada en el corazón.

A mediodía el estudiante abrió su ventana y miró hacia afuera.

—¡Vaya, qué maravillosa suerte! —exclamó—; ¡una rosa roja! En toda mi vida no había visto una rosa como ésta. Es tan hermosa, que estoy seguro de que tiene un larguísimo nombre en latín. E inclinándose sobre el rosal, la cortó.

En seguida se puso el sombrero y con la rosa en la mano corrió hasta la casa del profesor.





La hija del profesor estaba sentada junto a la puerta ovillando seda azul en un carrete, y su perrito estaba echado a sus pies.

—Dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja —le dijo el estudiante—. Aquí tienes la rosa más roja que existe en todo el mundo. Esta noche la llevarás muy cerca del corazón y cuando estemos bailando, te dirá cuánto te amo.

Pero la joven frunció el ceño.

—Me temo que no irá con mi vestido —respondió—. Además, el sobrino del chambelán me ha enviado algunas joyas de verdad y todo el mundo sabe que las joyas son mucho más caras que las flores.

—¡Ah, desde luego que eres una ingrata! —dijo el estudiante iracundo, arrojando a la calle la rosa, que fue a caer en una cuneta, donde una carretilla le pasó por encima.

—¡Ingrata! —dijo la joven—, si quieres que te diga una cosa, eres un grosero, y a final de cuentas, ¿quién eres tú? Tan sólo un estudiante. Y no creo que siquiera tengas hebillas de plata para tus zapatos, como las que tiene el sobrino del chambelán. E incorporándose de su silla, la joven entró en la casa.

—Qué tontería es el amor —se dijo el estudiante mientras se alejaba—. No es ni la mitad de útil que la lógica, ya que no puede demostrar nada y siempre le está hablando a uno de cosas que no van a suceder, y haciéndole creer en cosas que no son ciertas. De hecho, no es nada práctico, y como en esta época ser práctico lo es todo, regresaré a la filosofía y al estudio de la metafísica.

Así que el estudiante se dirigió a su habitación, abrió un libro enorme y polvoriento y comenzó a leer.



El príncipe feliz

La estatua del Príncipe Feliz se erigía en lo más alto de la ciudad. Estaba recubierta de hojas finas de oro, sus ojos eran joyas de un azul brillante, y un rubí colgaba de su espada. Todo el mundo pensaba que era muy hermoso.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —preguntaban las madres a sus niños pequeños cuando lloraban.

Los hombres taciturnos miraban la estatua y decían: —Me alegro de que alguien en el mundo sea feliz.

Una noche, un ave pequeña voló solitaria sobre la ciudad. Para entonces todas las demás aves estaban en Egipto. —¿Dónde podría quedarme esta noche? —iba pensando.

Hasta que vio la estatua. —Me quedaré allí —decidió—. Está en lo alto de la ciudad, así que habrá abundante aire fresco.

Aterrizó entre los pies del Príncipe Feliz. —Voy a tener un dormitorio dorado —pensó. Pero en el instante en que acomodaba la cabeza debajo de una de sus alas, le cayó encima una gruesa gota de agua.

Alzó la vista. —Esto es muy extraño —se dijo—. No hay una sola nube en el cielo, ¡pero está lloviendo!

En ese momento cayó otra gota. —No puedo quedarme bajo una estatua que no me resguarda de la lluvia —pensó—. Tengo que encontrar otro lugar. Y se dispuso a emprender vuelo. Pero en el momento en que abría las alas, cayó una tercera gota. Levantó la mirada y vio... ¡Ah! ¿Qué fue lo que vio?

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas. Por su rostro dorado bajaban copiosas lágrimas. Era un rostro muy hermoso a la luz de la luna y el ave sintió lástima de él.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—¿Entonces por qué estás llorando? Me empapaste con tus lágrimas.



—Cuando estaba vivo tenía un corazón como todos los demás hombres —dijo el príncipe—. Pero no sabía lo que eran las lágrimas. Vivía en un palacio donde no existía la tristeza. Durante el día jugaba con mis amigos en un hermoso jardín y en las noches bailaba. Alrededor del jardín se elevaba un muro muy alto. Y yo no tenía idea de lo que había del otro lado. De modo que me llamaban el Príncipe Feliz. Estaba muy complacido con mi pequeño mundo. Ahora estoy muerto y me han puesto aquí arriba. Desde este sitio puedo ver toda la infelicidad de mi ciudad. El corazón que ahora tengo fue hecho de un metal ordinario. Pero incluso ese pobre corazón puede sentir, y entonces lloro.

—¡Oh! —dijo el ave para sus adentros—; no está hecho todo de oro... sólo el exterior es de oro.

—Lejos de aquí hay una vivienda muy humilde en una calle pequeña —dijo el Príncipe Feliz en voz baja—. Por una ventana abierta, puedo ver una mujer sentada a una mesa. Su rostro se ve enjuto y tiene unas manos rojas, ásperas. Le está tejiendo un vestido a una de las damas de la reina para un baile en palacio. En un rincón de aquel cuarto, tendido en una cama, yace su hijito muy enfermo. Está llorando porque lo único que puede darle su madre es agua del río. Avecilla, ¿podrías llevarle a la mujer mi gema roja? Yo no puedo moverme de aquí.

—Mis amigos me esperan en Egipto —respondió el ave.

—Avecilla, avecilla —dijo el príncipe—; quédate conmigo esta noche y me haces ese favor. ¡El niño está llorando y la madre se siente tan desdichada!

El Príncipe Feliz se veía muy triste y la pequeña ave se apiadó de él. —Aquí hace mucho frío —dijo—, pero me quedaré contigo una noche. Mañana le llevaré la gema.

—Gracias, avecilla —dijo el príncipe.

Esa misma noche la pequeña golondrina tomó el rubí de la espada del príncipe y con ella en el pico voló sobre los techos de la ciudad. Al pasar sobre el palacio escuchó el sonido de parejas que bailaban. Una hermosa jovencita, asomada a una ventana con su enamorado, le dijo: —Espero que mi vestido esté listo para el baile de la próxima semana. ¡Pero son tan perezosas esas mujeres!

El ave atravesó el río y siguió volando y volando. Finalmente llegó a la humilde casita y miró en el interior. El niño estaba acostado en la cama. La madre dormía, agotada. El ave voló hasta la mesa y dejó sobre ella la gran gema roja. Luego voló alrededor de la cama, abanicando el aire con sus alas alrededor del rostro del niño.

—Ah —dijo el niño—; mi cara ya no está tan caliente. Creo que estoy mejorando.

Y se quedó dormido.

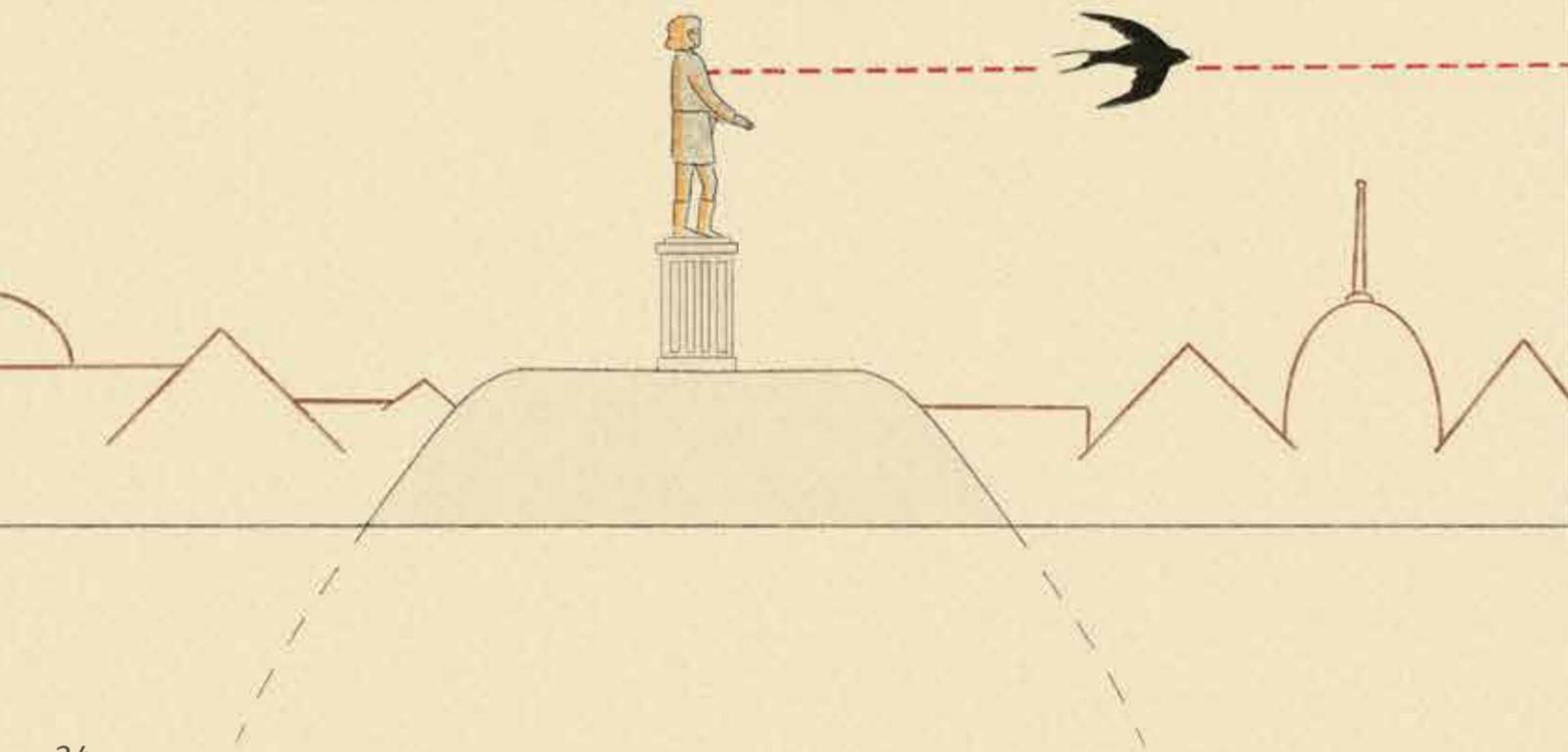
Luego el ave voló de regreso hasta el Príncipe Feliz. —Es extraño —dijo el ave—; hace mucho frío, pero yo siento calor.

—Eso es porque has hecho una buena acción —dijo el príncipe. La pequeña ave se quedó dormida.

En cuanto amaneció, la golondrina voló hasta el río para tomar un baño. Un hombre muy erudito la vio y se dijo. —Esto es muy poco común. Ver esa especie de ave aquí en el invierno. Tengo que anotarlo en mi cuaderno.

—Esta noche viajaré a Egipto —pensó el ave.

Cuando la luna se elevó en el horizonte, el ave voló de regreso hasta el Príncipe Feliz. —¿Puedo hacer algo por ti cuando esté en Egipto? —le preguntó.



—Avecilla, avecilla —dijo el príncipe—; ¿por favor puedes quedarte conmigo una noche más?

—Mis amigos me están esperando —respondió el ave.

—Lejos, al otro lado de la ciudad —dijo el príncipe—, alcanzo a ver a un joven escritor en la buhardilla de una casa. Está sentado frente a una mesa cubierta de papeles. A su lado hay unas flores muertas. El joven está tratando de terminar un relato. Pero tiene mucho frío y no puede escribir. No hay fuego en la habitación, y se encuentra débil y hambriento.

—Esperaré contigo una noche más —dijo el ave afectuosamente—. ¿Qué le llevo?

—Llévale uno de mis ojos —dijo el príncipe—. Están hechos de hermosas piedras azules de la India. El joven puede venderlo

y con el importe comprar leña y comida. Así podrá terminar su relato.

—¡Arráncate el ojo tú mismo, querido príncipe! —dijo el ave—. ¡Yo no puedo hacerlo!

Y se echó a llorar.

—¡Hazlo! —dijo el príncipe.

Así que el ave le sacó el ojo al príncipe y voló hasta la buhardilla del joven. Fue fácil entrar porque había un agujero en el techo. El joven escritor estaba sentado con la cabeza entre las manos, de modo que no escuchó las alas del ave. Cuando alzó la vista, una hermosa joya azul yacía sobre las flores muertas.

—¡A alguien le gustan mis escritos! —gritó alegremente—. Éste es un regalo de alguien que me admira. ¡Ahora puedo terminar de escribir este relato!



*

Al día siguiente, la golondrina voló hasta el río. Se quedó mirando a los marineros que trabajaban en los barcos. —¡Me voy a Egipto! —les gritó, pero nadie le prestó atención.

Cuando salió la luna, voló de regreso hasta el Príncipe Feliz. —He venido a despedirme —le dijo.

—Avecilla, avecilla —dijo el príncipe—; ¡por favor quédate conmigo una noche más!

—Ya es invierno —respondió el ave—. Pronto llegará la nieve. En Egipto calienta el sol y los árboles son verdes. Querido príncipe, debo dejarte, pero nunca te olvidaré.

—Hay una niña pequeña allá abajo en la plaza. Estaba vendiendo fósforos pero se cayeron al piso mojado y se dañaron. La niña no tiene dinero para llevar a casa. Su padre le pegará si no lo hace. Arráncame el otro ojo y se lo llevas.

—Me quedaré contigo una noche más, pero no puedo sacarte el otro ojo. Si lo hago, no podrás ver.

—¡Hazlo! —dijo el príncipe.

Así que el ave le arrancó el otro ojo al príncipe y salió volando con él en su pico. Voló hasta donde estaba la niña y dejó la joya en sus manos.

—¡Es un hermoso pedazo de cristal! —gritó la pequeña. Salió corriendo de regreso a casa riendo alegremente.

Luego el ave voló de regreso donde el príncipe. —Ahora no puedes ver —le dijo: así que me quedaré contigo.

—No —dijo el pobre príncipe—; tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré contigo —repitió el ave y durmió a los pies del príncipe.



El siguiente día se quedó con el príncipe. Le contó historias de las tierras exóticas que conocía.

—Querida avecilla —dijo el príncipe—; me estás contando acerca de cosas extraordinarias y maravillosas, pero el sufrimiento de los hombres y mujeres es más extraordinario que cualquier otra cosa. Vuela sobre mi ciudad, avecilla. Y cuéntame lo que ves.

De modo que el ave voló sobre la gran ciudad. Vio a los ricos comiendo

y bebiendo en sus hermosas residencias. Vio gente pobre sentada a las puertas de esas mansiones. Voló hasta las calles oscuras y vio los rostros demacrados y los ojos tristes de niños hambrientos. Debajo de un puente, dos niños pequeños estaban abrazados uno a otro para darse calor.

—Tenemos tanta hambre —decían.

—¡Aquí no pueden estar! —les gritó un guardia.

Después el ave voló de vuelta y le contó todo al príncipe.

—Estoy cubierto de oro puro —dijo el príncipe—. Retíralo, hoja por hoja, y dáselo a los pobres de mi ciudad.

El ave desprendió todo el oro, hasta que el Príncipe Feliz se veía gris y feo. Les llevó el oro a los pobres y los rostros de los niños se iluminaron. —¡Ahora tendremos pan! —gritaban jubilosos.



*

Entonces llegó la nieve. Y tras la nieve vino el hielo, que colgaba de los tejados de las casas. Todo el mundo llevaba abrigos gruesos.

La pequeña golondrina tenía cada vez más frío. No dejó al príncipe porque lo amaba demasiado para hacerlo. Pero se estaba muriendo.

—¡Adiós, príncipe querido! —dijo—. ¿Puedo besarte?

—Me alegro mucho de que partas a Egipto —dijo el príncipe—. Te has quedado demasiado tiempo. Dame un beso, porque yo te amo.

—No voy a Egipto. Voy a la Casa de la Muerte —dijo el ave. Besó al príncipe y cayó exánime a sus pies. En ese instante se escuchó un crujido peculiar dentro de la estatua. CRACK: el corazón de metal se había roto en dos pedazos.

Temprano en la mañana siguiente, el Alcalde de la ciudad caminaba por los alrededores con dos Consejeros. Levantó la mirada hacia la estatua.

—¡El Príncipe Feliz no se ve nada luminoso! —dijo—. La gema roja desapareció, los ojos no están en su sitio y ya no es dorado. Tiene el aspecto de un mendigo.

—¡Sí, así es! —concordaron los amigos de aquel hombre.

—¡Hay un pájaro muerto a sus pies! —dijo el funcionario—. Debemos promulgar una orden prohibiendo que los pájaros mueran aquí.

Derribaron la estatua del Príncipe Feliz y la colocaron en una hoguera.

—¡Es extraño! —dijeron los operarios encargados de la quema—. Esta pieza rota en el medio de la estatua ha permanecido compacta. Debemos deshacernos de ella.

De modo que la arrojaron en el mismo sitio en que estaba el ave muerta.



Dios dijo a sus servidores: —Quiero que me traigan las dos cosas más preciosas de la ciudad.

Le trajeron el corazón roto y el ave muerta.

—Sí, han elegido muy bien —dijo Dios—.

Esta pequeña ave cantará por siempre en mi jardín, y el Príncipe Feliz tendrá su lugar en mi ciudad de oro.

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Varios autores.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos Varios autores.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Varios autores.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha Capítulos I y VIII.

Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare Versión de Charles y Mary Lamb.

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

José Martí.

Leer es mi cuento 17

Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont.

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español. Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

Cantos populares de mi tierra

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

Rapunzel • Pulgarcito

Varios autores.

Leer es mi cuento 31

Las travesuras de Naricita

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

Leer es mi cuento 33

Versos sencillos

(Selección)

José Martí.

Leer es mi cuento 34

Memorias de un caballo de la Independencia

(Selección)

Gonzalo España.

Leer es mi cuento 35

Cuentos y arrullos del folclor indígena y campesino colombiano

Leer es mi cuento 36

Cuentos y arrullos del folclor afrocolombiano

Leer es mi cuento 37

Una ronda de Don Ventura Ahumada

Eugenio Díaz.

Leer es mi cuento 38

La Expedición Botánica contada a los niños

(Selección)

Elisa Mújica.

Leer es mi cuento 39

Pelo de Zanahoria

(Selección)

Jules Renard.

Leer es mi cuento 40

La monja • Mi madrina

Soledad Acosta de Samper.

Leer es mi cuento 41

Así es mi palabra

Selección de poesía indígena colombiana
Varios autores.

Leer es mi cuento 42

Cuentos a Sonny

La Tierra de El Dorado

Santiago Pérez Triana.

Leer es mi cuento 43

Entre usted, que se moja

José David Guarín.

Leer es mi cuento 44

Las preguntas del agua

Selección de poesía afrocolombiana
Varios autores.

Leer es mi cuento 45

El ruiseñor y la rosa •

El príncipe feliz

Oscar Wilde.

Leer es mi cuento 46

¡Que pase el aserrador! •

La tragedia del minero

Varios autores.

Leer es mi cuento 47

Cuentos de la Tía Anancy

Ignacio Barrera Kelly.

Leer es mi cuento 48

Las mujeres de la Independencia

Catalina Navas.

Leer es mi cuento 49

Reminiscencias de Santafé y Bogotá

José María Cordovez Moure.

Leer es mi cuento 50

Ni era vaca ni era caballo

Miguel Ángel Jusayú.

Consulte los libros digitales y el glosario aquí: www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/